



418

JUNIO
2016

TRAS EL BREXIT, es necesario reconectar

Carme Colomina, investigadora asociada CIDOB

El referéndum británico no es el final de un proceso, sino el inicio de un nuevo replanteamiento. Una vez roto el tabú de poder abandonar la Unión, la UE debería empezar a revalorizar la importancia y la voluntad de querer quedarse. Debería replantearse el cómo y el por qué de este proyecto. Ya no vale seguir en una Unión sin plan B porque el drama de estos últimos años fue, precisamente, que el discurso de la alternativa se construyó sólo desde el euroescepticismo. La UE de hoy está aún más agrietada que la de principios de 2015 cuando el premier británico, David Cameron, convocó el referéndum, y la fuerza política de Bruselas aún más debilitada.

Ahora que formar parte de la UE ya no es un compromiso irrevocable, es necesario que aquellos que todavía creen en una Europa política y no sólo económica comiencen a recomponer el diseño de una Unión que ha abandonado a los ciudadanos para entregarse a los intereses contrapuestos de los estados miembros. Pero, ¿quién reescribirá la alternativa? ¿Quién tiene este plan B compartido, que no suponga desmontar la Unión? Las capitales han secuestrado el proceso político comunitario, el triunvirato institucional de Bruselas no consigue imponerse como contrapeso y el eje franco-alemán **ha vuelto a apostar por ritmos y mensajes divergentes** en la primera reunión post-Brexit.

París y Berlín ya se enfrentaron hace un año en otro referéndum existencial, cuando los griegos **votaron masivamente contra el acuerdo** que Alexis Tsipras negociaba en Bruselas con los acreedores internacionales. “Nadie puede ignorar la voluntad de un pueblo”, sentenciaba un Tsipras victorioso la noche electoral, inconsciente de que él mismo traicionaría ese resultado en cuestión de días y firmaría unas condiciones incluso más severas. París y Berlín colisionaron en la gestión de aquél no. Lo que está en juego no es si Grecia continuará o no en la eurozona -admitió entonces el presidente francés, François Hollande- sino “nuestra concepción de Europa”, los límites del poder alemán para reescribir la Unión. Aquel divorcio franco-alemán se ha consumado después del referéndum en el Reino Unido.

La victoria en las urnas del Brexit es la culminación de dos décadas de campaña contra Bruselas, azuzada por élites educadas en escuelas privadas, herederas del discurso euroescéptico de Margaret Thatcher y de la aversión histórica del Reino Unido a la integración política. Pero el resultado del jueves también es fruto de la soberbia europea. De una Unión que ha despreciado referendos y el profundo

malestar manifestado en las urnas y en la calle. Es consecuencia de unos líderes que han priorizado la economía a la justicia social, que han impuesto gobiernos tecnocráticos cuando lo consideraban necesario y han tolerado el populismo si formaba parte de su propia familia política. Unos gobiernos que han reescrito la idea de solidaridad transnacional que representa la UE.

El **informe de los cinco presidentes**, presentado a principios de 2015, sentenciaba que “a raíz de la crisis [financiera], Europa está cada vez más dividida, sumida en disputas internas, incomprensibles para los ciudadanos de a pie, y con una ausencia casi total de perspectiva”. El mismo, Jean-Claude Juncker, en su primer **discurso del estado de la Unión** en la Eurocámara, admitía que “no hay suficiente Europa en esta Unión, ni suficiente Unión en esta Unión”. Sin embargo, desde aquellos diagnósticos, la realidad no ha hecho más que empeorar. No se puede salvar la idea de Europa sin un mejor control democrático, sin recuperar la confianza de la ciudadanía y sin afrontar abiertamente que ya no hay un único proyecto europeo, una “única concepción de Europa” -como decía Hollande- sino diversas y, en ocasiones, contrapuestas. Para evitar la apertura de un ciclo de desintegraciones, la respuesta no puede ser la consabida “más Europa”, sino una Europa mejor.

Finalizado el tiempo de la retórica, el Reino Unido hace recuento de daños. La batalla por el liderazgo conservador y laborista ha comenzado; Escocia se mueve rápidamente para marcar una agenda propia y negociar de tú a tú con la UE; el comisario británico en Bruselas, encargado de los Servicios Financieros -material sensible para la City- ha presentado su dimisión y el bando del Leave ya se desdice de su promesa estrella de detener la inmigración, porque ahora admiten que no es posible. Al otro lado del canal, la UE también lidia con sus divisiones sobre cómo gestionar el escenario que nadie quería creer posible. Inmersos en el día después aún no han digerido el cómo hemos llegado hasta aquí. La respuesta es la misma en la isla y en el continente: el malestar por una Europa más desigual, la pérdida de confianza de los que se han sentido desprotegidos ante la crisis y un excluyente concepto de la identidad y la soberanía. Tanto para el Reino Unido como para la UE, no se trata únicamente de gestionar la desconexión sino de volver a conectar con la ciudadanía.